



DANIEL FIGUERO

BLANCO ROTO



ESPASA

B L A N C O
R O T O



D A N I E L F I G U E R O



P R I M E R A P A R T E

LA
B O D A I N F I N I T A
D E L O S V E N C E J O S

*Por encima de los estanques, por encima de los valles,
de las montañas, de los bosques, de las nubes, de los mares,
más allá del sol, más allá del éter,
más allá de los confines de las esferas estrelladas,
(...)*

*Echa a volar muy lejos de estos miasmas mórbidos;
ve a purificarte en el aire superior,
y bebe, como un puro y divino licor,
el claro fuego que llena los espacios límpidos.
Detrás de los tedios y las vastas penas
que con su peso entorpecen la brumosa existencia,
afortunado aquel que puede con un ala vigorosa
alzarse hacia los campos luminosos y apacibles...*

CHARLES BAUDELAIRE, «El evasión», *Las flores del mal*

1

«Beatriz de Segura Monleón, ¿aceptas delante de Dios y de los testigos, así como lo has prometido...?».

La voz atraviesa mis tímpanos como un sedal y se disuelve en mi cabeza. Todas las mujeres secuestradas son cuerpos encapuchados, pienso. Me hago una advertencia a mí misma: cuidado, Beatriz. Eres tú, no Bea, la que firmará el contrato. El cura, con sus palabras, levantó mi velo, ha destrozado mi maquillaje, apela a mi yo interior, a aquella que vive dentro de mí. A aquella que cuestiona mis decisiones. Invocando mi nombre real, me arrancó del otro lado del espejo.

Todas las mujeres secuestradas son iguales, son torsos desnudos, confinados en celdas de cristal como maniqués en un escaparate.

Bea lo quiere, yo no. Bea lo necesita, yo sigo encerrada en mi figura. Nadie utiliza mi nombre completo, pero soy yo, Beatriz, la que se desposará. «Sí, quiero», pronuncio, pero no consiento. Ella, Bea, lo

ansía y brinda con el líquido derramado de mi nariz, de mis ojos cerrados, de mis oídos por donde han entrado las palabras del sacerdote.

Jesús retira el velo para besarme.

La única diferencia entre las mujeres secuestradas es cómo llevan cubierta la cabeza: con cuero, lana, seda, oro o plata, dependiendo de los años que lleven casadas.

2

La laca es lo mejor que te puede pasar en la vida. Yo acabé siendo peluquero por culpa de la laca. Es su olor lo que me ha conducido a los mejores salones internacionales, lo que me ha permitido entrar en las presentaciones más exclusivas, descubrir las novedades para el cabello antes que nadie, peinar a las actrices más reconocidas. Frente a la opción de intentar entrar en el mundo laboral por la puerta de atrás, por las becas universitarias miserables, los chanchullos mal pagados o las prácticas con contrato y sin remuneración, preferí la laca. Porque la laca, con su olor a madre coqueta, con su fragancia de estrella de cine con guantes largos, embriaga los sentidos, sublima la imaginación. Me convirtió en peluquero. Podía haberme quedado tranquilamente haciendo mis promociones de media jornada de champú y mascarilla, pero no, me tuvo que hechizar la laca con sus cantos de sirena y sus brillantes reflejos, y me obligó a embellecerlas, a esculpir su volumen, a difuminarles su color con maestría y a texturizar su cabello con maneras de artista. Porque la laca te hace crecer como persona. Sobre todo si te la pones en el tupé.

Seis años después, estoy un poco hasta la horquilla de decapar, de teñir canas, texturizar y escucharlas con gesto sobreac-

tuado. Si sigo en esto es solo por la laca. Porque traicionar a la laca es como traicionarse a uno mismo.

3

Nadie utiliza mi nombre completo. Nadie me conoce como Beatriz. Todo el mundo se traga con glotonería las cuatro últimas letras. Ni siquiera mi doctora, al recetarme las pastillas, lo ha escrito bien: Orfidal 1 mg. Bea de Segura.

Es una cuestión de pereza, la gente ya no pronuncia ni palabras ni frases largas, disminuye el esfuerzo de encadenar sílabas, de decir sonoros vocablos, como «rimbombante» o «tragaldabas». Anunciar «Tengo una boda», o «Me caso», siempre será más sencillo que todo el sacrificio que conlleva articular, por ejemplo, «Voy a contraer matrimonio». Con sus cuatro sílabas, «ma-tri-mo-nio», combatiendo esa hambre insaciable de reducir las palabras. «Matrimonio», con sus cuatro sílabas, como «mequetrefe».

4

Verónica, *la Roja*. Si llevo este vestido a la boda de Bea, me van a seguir llamando la Roja. No es que me importe, ya que, de tan oído, no me afecta un mote tonto que me colgaron por mi pelo llameante o por mis ideas revolucionarias o por vete tú a saber qué. O por llevar el pañuelo de los sanfermines todos los días del año. Porque una puede ser de Soria por fuera y sentirse pamplonica por dentro.

Pues nada, iré de rojo, para perpetuar el mote y para no gastarme un duro en otro vestido. Las bodas, ese número de cuenta con forma de fiesta. Que no es del todo rojo, por cierto, tiene partes color caldera. En pleno julio, pelirroja y caldera, ya me vale. Es como para quemarme viva. ¿Y qué puedo poner para romper la monocromía? Ah, pues este chal negro tan guapo. Jo, cuando me vea Rubén, que odia los chales en las bodas por encima de todas las cosas, se lo van a llevar los demonios. Los demonios rojos.

5

A mi derecha veo la espalda de Jesús, hasta hoy mi prometido, que se va calentando con el sol, y me fijo en algunos pelos rizados que reposan en una de sus almohadas, los mismos que, iluminados por el amanecer, parecen los de un torrezno frito al momento, rubios y brillantes. Me palpo el estómago, nada de grasa, y me acaricio. Con el meñique compruebo cómo flojea la goma del tanga. Es un hecho que tomaré tostadas, mi zumo, mis higos y un café. Y un cruasán de crema. Es un hecho que, el día de mi boda, desayunaré como si no pudiera comer más en días venideros, y es que tal vez resulte así. Porque no me gusta la tarta que él eligió, chocolate adornado con minúsculas esferas de azúcar plateado. Creo que va a ser el único dulce que tengo que comer por obligación, una tarta horterera, que parece una de esas tartas congeladas, que no merece ni siquiera un mantel blanco para la mesa en la que se encuentre.

Una sombra rápida corta el rayo de sol sobre la espalda de Jesús, y doy por hecho que se trata de un vencejo, aunque no haya escuchado su canto. Estos pájaros me fascinan desde aquella vez

que encontré uno temblando en el suelo, de pequeña. Mi padre hojeaba algunos libros de caza y yo conocía bien las perdices, las pulardas, las pintadas..., y entre las murallas aparecían cigüeñas, miles de gorriones y algún petirrojo pizpireto. Pero nunca había visto un vencejo de cerca: es raro que se vuelvan a posar una vez que abandonan el nido. Pasan la vida volando, durmiendo mientras planean, desayunando insectos atrapados al vuelo.

Giro mi cabeza y encuentro las pastillitas que anoche flotaban en mi interior, las benditas pastillas que, recuerdo, derramé ayer sobre la cómoda, y ahora yacen dispuestas en una extraña simetría, como de collar de perlas. Todas iguales, con la misma dosis exacta de Morfeo, lactosa y excipiente, pero vertidas de manera que el suspiro del sol las hace parecer irregulares. Como abalorios, como uno de los cientos de collares que tendré que ordenar en mi futuro vestidor, en mi futura habitación, en este piso todavía medio vacío. Me sorprende de que solo haya necesitado una pequeña ayuda química para dormir cuando en poco tiempo he tenido varios de los acontecimientos más estresantes de cualquier curso vital: entierro, cambio de trabajo, boda y mudanza. No, no se lo deseo a nadie.

Pego mis dedos entre sí y deslizo las yemas por la mesa, y todas las cuentas del collar se resbalan dentro de su envase, que escondo en el cajón. Mi madre no sabe que llevo dos meses tomándolas. A Rubén y Verónica les confesé que esas pequeñas perlas eran mi ayudita para apaciguar los nervios que empapan el colchón como un bizcocho borracho. Solo yo sé, ni mi madre, ni Rubén, ni Verónica, que mi prometido ronca, que por eso no duermo, porque ronca como un gorrino, como uno de esos cerdos de los que se sacan los torreznos.

También podría desayunar eso, unos torreznos. Mi padre lo hacía de vez en cuando, bajaba al bar de debajo de casa, cuyo hora-

rio de almuerzo se podía extender fácilmente hasta las seis de la tarde, y se tomaba unos torreznos con un café. Pero de esto hace mucho tiempo ya.

6

Las miradas, los gestos, las casas, como la ropa que llevamos o los perfumes que vestimos, o la cantidad de laca que usamos, dicen mucho de nosotros. Incluso el hecho de no llevar fragancia envía un mensaje invisible sobre la poca importancia que le damos a esa firma que puede expresar parte de nuestra personalidad o incluso falsear un carácter que no tenemos. Nunca me fío de una persona que dice no preocuparse de cómo viste o con qué se perfuma o que nunca ha usado laca. Para empezar, porque está mintiendo, y a los mentirosos hay que mantenerlos alejados. Ah, ya veo, has decidido presentarte con unos vaqueros falsamente raídos y una camiseta de segunda mano en la que se lee algo de un grupo de metal que no ha sacado un disco bueno desde hace veinte años. Casi es mejor llevar una camiseta de Amistades Peligrosas o Ella Baila Sola, que demuestra a ciencia cierta que eras fan, bonita. «Lo primero que he pillado esta mañana del armario», se defienden algunas que llegan justas a la cita en mi salón. Las miro disimuladamente desde el espejo. Derramadas en el silloncito, se reflejan indolentes, hojeando alguna revista ininteligible para ellas, porque para mí la exclusividad del negocio pasa por tener revistas punteras en la recepción, como *Neo2*, *Dazed & Confused*, *Vanidad...*, estas que ni siquiera yo mismo entiendo. A veces, en el fondo del revistero, suelo a propósito algún *Glamour*, o aparece el *iHola!* que trae la asistenta

de una vecina del barrio. Y estas mujeres que quieren dar a entender que son una batalla perdida sonrían sin dejar de masticar el chicle con la desidia de alguien que ha tirado la toalla en la vida. Pero no, no las creo. Son mentirosas. Malvadas y peligrosas, ya no lo sé, y desde luego, yo no las voy a detener. Porque detrás de esa fachada despreocupada puedo adivinar, en el reflejo plateado del espejo, a contraluz con la cristalera del escaparate, puedo adivinar el momento exacto en el que te probaste esos vaqueros y te diste cuenta, emocionada, satisfecha, de que te hacían un buen culo. Decidiste, también en ese momento, que a pesar de que tenías otro par en el armario —esto es algo de lo que, admito, muchas de mis clientas no son conscientes—, estos te sentaban divinamente y, por supuesto, te los ibas a llevar a casa. Y si no fuera este argumento convincente, entre la pereza con la que te salivas la yema del dedo para pasar página, haciendo, tal vez, el mínimo ruido posible porque te crees el colmo de la sofisticación, discreta y despreocupada, entre página y página leída con avidez, distingo también el instante matutino en el que has decidido recuperar esos, y no otros, esos vaqueros y conjuntarlos con aquella camiseta. Es cierto, piensa tu cotolenga cabecita, de la que asoman unas raíces que no te podías permitir un día más, es cierto que has llegado aquí empujada por esa obligación y, como un ritual de paso que no te interesa comprender del todo, como la primera comunión, has decidido no otorgar importancia al momento y aparecer con «lo primero que he pillado». Pero, ay, amiga, clienta, mujer, confidente, sé de sobra que no te has lanzado a oscuras esta mañana al fondo de tu armario y has descolgado dos perchas a ciegas y, aún con los ojos cerrados, te has vestido. No, hay cierta conciencia, tal vez desapercibida pero no olvidada, posiblemente reprimida para sentir que una nació con ese talento natural para la elegancia, que decía la Abascal,

pero hay conciencia y mensaje, estético al menos, en tu elección. Que la estética es personal, y lo personal, político. Y fíjate, te digo más todavía, en esta conversación imaginaria entre tú y yo y mi espejo que te refleja —una conversación que se puede extender a la imagen que proyecta cualquier pasajero en este tren—, te diré más: incluso si así fuera, si te hubieses dormido, o el niño hubiera remoloneado un poco desayunando y en realidad el tiempo se te ha echado encima del mismo modo que quieres dar a entender que la vida se te echa encima, no te creería. Porque las prendas que mantienes en tu armario, las mantienes conscientemente. Porque has venido más veces, y te conozco, y cambias de ropa de verano al armario de invierno y al verano otra vez. Y todas esas prendas, todas ellas, colgando como cuelgan los cables de mis secadores, han sufrido si no el proceso de ser probadas, elegidas y pagadas en caja porque ha resultado ser el regalo de una amiga, al menos han pasado la prueba de mantenerse colgadas como mudas de serpiente enganchadas en una rama. A mí no me engañas, cielete: todas las prendas de tu armario te han gustado en algún momento, y porque en mayor o menor medida lo siguen haciendo, por eso has elegido estas dos para dejarte llevar cómodamente en este ritual repetido de teñir, cortar, sanear. Otra palabra que odio, sanear, como si llevar una punta abierta fuese un atentado contra la salud pública o como si yo fuera un fontanero que golpea las tuberías con unas tijeras y, por el sonido, supiera encontrar dónde está el óxido y la corrosión. No, eso solo pueden hacerlo los arquitectos, los constructores, los obreros y los conductores de programas de reformas. El resto, lo que añadimos tanto a las casas como a nuestro cuerpo, es una valiosísima fuente de información. También lo invisible: si alguien lleva laca, su aroma me tranquiliza de inmediato. Pero cuidado con las que llevan algo discretito..., las que entienden

que la clase pasa por no avasallar, que el buen gusto implica algo que les recuerde al verano, un Portofino, sea de Tom Ford o sea de Dior, dependiendo del pastizal que se quieran dejar. Por discreción, dicen algunas. Más bien porque no soportan otra cosa, porque les marea. Que huelan a limpito, dicen. Estas no han pisado un campo de naranjos embarrado en su vida. Son de las que van en calesa por Sevilla y son capaces de percibir el azahar pero no la bosta de caballo porque todo, todo es fenomenal. Porque no soportan las colonias fuertes en su vida de mosquita muerta. Cariño, no existe tal cosa como una colonia fuerte o una laca pesada. Lo que no soportas es la realidad, la ostentación, la verdad, la pluma y el cancán, la diversión. No soportas la vida. Te aterriza lanzarte. Te aterriza salir del catálogo habitual de mechas *baby light* y cometer el que podría ser el mayor error de tu vida.

La mujer que viaja a mi lado no es de ese tipo. Lo fue, lo intentó ser, pretende alcanzarlo, pero ya es demasiado tarde. Le dan miedo otras cosas, pero no unas mechas mal puestas, eso queda claro. Para ella, que un hombretón como yo, al que siempre le golpean las rodillas con el asiento delantero, se ponga laca en mitad del vagón debe de ser, como mínimo, pecado mortal. No le da miedo, le exaspera. Porque si no, no me explico su cara. Mire, señora, que si lo llego a hacer en mi peluquería, pues pierdo el tren. El baño del vagón es muy pequeño, y tampoco es tan grave, digo yo. Debería sentirse halagada de recibir alguna microgota de este preciado líquido aromático. Ahora me hace un mohín y se pone a leer el *iHola!* —se esconde ahí, detrás de una revista que tiene el cuajo de ensalzar a la monarquía en pleno siglo XXI— con la esperanza de que, algún día, visitará mi salón con el objetivo de lucir el peinado perfecto para las imágenes centrales en blanco y negro de esa misma revista. Mira, te lo digo con la mirada desde ya: eso no va a pasar.